

EL ÚLTIMO VALOIS Y FELIPE II

(Continuación)

12. — FARNESIO

Don Juan de Austria, designó, ya percatado de su fin próximo, a su sobrino Alejandro de Farnesio, Príncipe de Parma, para el gobierno de Flandes y del ejército. El secretario de Estado, Mos de Mariansorte, levantó acta y se imprimió a continuación en Lovaina, «en tanto que Su Majestad disponía». Felipe II ratificaba en 28 de noviembre la designación de su hermano, despachando a D. Alonso de Sotomayor con el nombramiento de «Capitán general y Gobernador de los Países-Bajos», desde el Monasterio de San Jerónimo de Madrid, donde hacía su retiro de duelo. Se estimaba por algunos *como más arriesgado de lo que se requería en él* (1). Hubo, en los Consejos, pareceres en contra, que el Rey no siguió (2).

Farnesio es un romano, formado en Flandes y en Castilla. En Flandes vivió bajo la administración de su madre y en Castilla educado en la corte como sobrino del rey, con D. Juan y D. Carlos.

En la villa de Alcalá de Henares de buen asiento para ejercicios de caballería, alegres riberas, y gran palacio arzobispal para la bien acomodada habitación, los tres príncipes aprendían latín y lo que debían saber necesariamente de las gracias y gentileza.

Rango y educación hacían de Farnesio el menos «arriesgado» en cargo que se consideraba en la Europa de entonces como el más arriesgado. Al Farnesio militar se le han puesto algunos reparos. Su diplomacia, al contrario, pasa por genial. El adjetivo le encontramos con insistencia en múltiples fuentes y en los historiadores italianos es figura envuelta en todos los halos de la apología. No hay duda que entre los caracteres violentos y sinceros de los hombres del siglo, en

(1) Cabrera, T. II, libro XII, cap. X.

(2) Carta del Rey a Juan de Vargas Mexía, 13-10-1578.

medio de la audacia fanática, el Príncipe de Parma, previsor y flexible, representa la prudencia.

Con la arraigada costumbre del paralelo muchas veces se le presenta aparejado con el Príncipe de Orange, asignándoles cualidades comunes: simpatía personal, calmosa obstinación, voluntad. El paralelo en este caso me parece forzado. La simpatía que inspira Orange es la franqueza populachera y su obstinación voluntariosa persigue tras una empresa de política y fe el engrandecimiento personal. Esto último disimulado con cuidado en los impecables retratos puritanos de los que es prototipo el de Motley. Parma es un italiano fino recriado en la distinción castellana; un militar y diplomático al servicio del orden católico, sometido a la disciplina monárquica, sin miras a ser raíz de dinastía.

13. — AGUDEZA

Al encargarse Farnesio del gobierno de los Países-Bajos las fuerzas militares eran tan magras en el ejército real que le ponían en situación delicada. Medida adoptada con premura fué atrincherarse en Bouges y esperar sobre seguro. La conquista de Portugal desviaba la atención de España hacia una empresa bélica menos ingrata, una conquista madura y oportuna, llevada a cabo con perfección desacostumbrada en la época. Basta ver los comentarios de asombro que suscita. Farnesio obra en todo instante con los medios más eficaces y si Portugal impide por el pronto la empresa militar de grandes alientos y tiene que despachar a los «alemanes viejos», los veteranos a sueldo, recién encargado de la capitania (1), no tarda en seguir el más atinado camino para llegar a una solución neta y sin equívocos.

Del embrollo dominante podían asirse varios cabos firmes que persigue hasta el fin, apurándoles. Así vió presto que de ninguno de los pretendientes: Matías, Casimiro, Francisco Hércules, podía temer nada serio, careciendo todos de fuerza militar y cálida simpatía en el país; el vigor dissociador de la querrela religiosa; lo precario de la «unión» que servía de divisa orangista. Y aún otras rencillas menores, antipatía de la nobleza valona hacia Orange, viejos resquemores fron-

(1) Mss. B. N. de París. Espagne 132. Fol. 136. Carta de Antonio Pérez a Vargas.

terizos de Valonia y Flandes contra Francia, rozamientos de clases que la religión reformada agudiza en las ciudades, todo lo pone a contribución Farnesio para lograr con la solución consolidada después y única que hacía posible las violencias confesionales, una paz de religión a costa de la partición del país.

14.—LA REUNIÓN DE COLONIA

Farnesio desconfió siempre de encontrar el arreglo por los medios pacíficos de un congreso. Es más, persuadido desde su entrada en los Países-Bajos de que los súbditos calvinistas llegarían a negar la obediencia a su monarca legítimo, no interrumpe su obra diplomática en tanto que dura la asamblea de Colonia y completa la preparación militar. La preparación misma de esta reunión, que teniendo como programa «mostrar las diferencias entre el Rey y sus vasallos», buscaba «las causas justas que había para pacificarlos», fué penosa, difícil. El Duque de Terranova obtuvo su poder de embajador extraordinario el 30 de agosto de 1578 (1). Viaje a Praga y nombramiento de los comisarios por letras imperiales el 14 de febrero del 79. Varios aplazamientos hacen que hasta el 7 de mayo no presente Terranova sus poderes al congreso, ante el Nuncio de S. S. Juan Baptista Castino.

Los buenos deseos imperiales de lograr una fórmula conciliante fracasan ya en la apertura de las sesiones. En Colonia aparece por vez primera, la causa cardinal de la revolución de los Países-Bajos, sin los motivos adventicios de que hasta entonces había aparecido rodeada. Ya no figurarán en adelante como pretexto de la lucha cuestiones de soberanía política, suspicacias fueristas, desmanes soldadescos, antipatías personales. Es una lucha de creencias religiosas incompatibles.

Cabrera de Córdoba lo dice con exacta sobriedad: «La junta de Colonia fué sin efecto, porque los flamencos no quisieron dexar su herejía ni Don Felipe dexarlos en ella» (2). Habían acudido allí los más exaltados partidarios de la Reforma, cuya obsesión era la ruina de la «idolatría papapista» como llamaban al catolicismo. La tole-

(1) El pergamino latino está refrendado por Zayas.

(2) T. II, cap. XXVII.

rancia era incompatible con el espíritu del siglo. Montaigne mismo en su escepticismo tolerante gusta del siglo enterizo: «Agradecemos a la suerte que nos hizo nacer en un siglo que no es blando, ni lánguido, ni ocioso» (1).

15.— EL DESGARRÓN

Sorprende sobremanera cómo no se impone más temprano la unidad religiosa a la territorial, cómo en la porción de Europa, donde la Reforma encuentra la más sólida resistencia católica, han podido convivir en un cuerpo político, durante un tercio de siglo, provincias separadas por un abismo en la fe. Se alega la existencia de la nación borgoñona tal como Carlos V la había recibido. Es prematuro hablar de nacionalidades logradas, en los principios del siglo XVI, y en todo caso, la denominación Países-Bajos era por entonces puramente geográfica y patrimonial. La nación resultado de una voluntad secular solo empezaba a decantarse en Francia y en España, no comprendiéndose su existencia, en el siglo, con doble religión.

En Colonia los comisarios calvinistas, no pudiendo conseguir lo que deseaban, renuncian a la obediencia del Rey Católico. El Emperador, que había creído cándidamente en la pasable transacción, sintió tanto la rebeldía que les amenazó con destruirles sirviéndose de la ayuda de los príncipes alemanes. Los reformados al clausurarse el Congreso el 13 de noviembre, tienen certeza de la ruptura inmediata del país, y perseveran en su teoría, revolucionaria y disolvente del orden político tradicional, de que lo súbditos solo son responsables ante su conciencia y ante Dios, y siendo el principal legítimo incompatible con su fe religiosa se puede apelar a la ayuda de otro soberano. La mayor parte de los contemporáneos no ve en esto más que una habilidad del de Orange, de sus mañas y engaños como decía el Emperador que alejaban al pueblo de todo bien y le mantenía en la inquietud. Orange «*expelido*», como querían los que distinguían solamente un problema de desorden, la secesión se hubiera producido también. Orange, aun rodeado de una camarilla de exaltados, estuvo siempre atento a mantener la unidad del país; sus puntos de vista son del todo terrenales. Los católicos se acoplan a una situación muy se-

(1) Ens. III, 448. Ed. Amsterdam, 1781.

mejante a la creada por «los placortes y premáticos» en tiempo de Carlos V: vuelta a la obediencia de su Rey, concesiones fueristas, ortodoxia con todas sus consecuencias. Una de las inmediatas era el desgarrón del territorio.

Después del desacuerdo de Colonia hay un corto período de indecisión en los orangistas, antes de arrojar a la aventura audaz, período que no podía mantenerse mucho tiempo, por su ambigüedad. La ruptura está decidida y se realizan tanteos para encontrar una fuerza exterior que pueda hacer frente a la legítima del Rey de España. Los tratos con el duque de Alençon, que no se habían en realidad interrumpido, se estrechan más en los meses que preceden a la reunión de Colonia. Orange, por la fuerza de los hechos, prescinde de la anfibología de sus opiniones religiosas, mostrándose al pueblo ferviente calvinista, aconsejado por el exaltado Marnix.

16.—HETERODOXIAS

Guillermo de Nassau tuvo entre otros aciertos que favorecieron su causa el de rodearse de un grupo de hombres extranjeros a su país, arraigadamente calvinistas, originarios de todos los países occidentales de la secta, y constituyendo con su ayuda *l'élite* del partido. Del grupo decía D. Luis de Requesens en 74 «que eran las mejores cabezas del Reino».

En los Países-Bajos ni el luteranismo, martinismo le llamaban allí en el siglo XVI, ni los anabaptistas, habían logrado hacer grandes prosélitos. La masas permanecen católicas hasta mediar el siglo. Además los luteranos se abstienen de una acción política o la ejercen de soslayo y los anabaptistas, pretendiendo que es la suya una doctrina de iniciados, no extienden su influjo sino a grupos.

Hacia 1543 llega el calvinismo a la raya de Países-Bajos. La filtración es lenta, pero el carácter de su doctrina, encona primero, extiende la crisis luego y lleva finalmente el país a la *secesión* territorial. Calvino subordina la autoridad laica a la espiritual, somete el Estado a la Iglesia, y predica, como ideal general, el estado teocrático. En los países católicos era el calvinismo una fuerza revolucionaria de la tradición política y así actúa con los hugonotes en Francia y los rebeldes de Flandes, después de 1570. Carlos V no tiene contacto con el

calvinismo, que se difunde en la primera década filipina y que da un tono intransigente a la lucha, en el que no se repara bastante cuando se compara el modo de actuar del Emperador y su hijo respecto a la cuestión de Flandes. Alguien no ve más que el nativo y el extranjero y que como tales su visión de los problemas varían. Hay por medio la gran realidad del calvinismo.

La difusión del ginebrismo en los Estados-Baxos se lleva a cabo por medio de la alta burguesía comercial. Amberes, metrópoli de la Banca y el comercio, ciudad de clases medias enriquecidas, curiosas de novedades, recibe con facilidad la doctrina calvinista. La aristocracia territorial y el pueblo rural permanecen indemnes y poco menos los menestrales ciudadanos. Es religión de clases liberales, empleados, negociantes y tenderos y cuando más de nobleza secundaria.

17.—MARNIX DE SANTA ALDEGONDA

A este último grupo pertenecen los Marnix, los hermanos Felipe y Juan, primicerios del calvinismo flamenco que inician la moda, luego seguida por las clases medias acomodadas, de frecuentar la Academia o Universidad fundada por Calvino en 1551 y donde profesaba como figura principal Teodoro de Beze. Estas estancias de la juventud, repetidas, habituales en países de herejía, desmienten la vigilancia escrupulosa que se dice ejercía el gobierno para impedir contactos perniciosos. El hombre cumplido, y por varios modos representativo del grupo calvinista, es Felipe Marnix, guerrero, escritor, diplomático, arrumbado a un segundo término con frecuencia, hasta que Quinet, con su entusiasta liberalismo hugonote, le presenta como el fundador de la libertad de Holanda. Después Marnix ha sido figura histórica de partido, sacada como enseña en las crisis nacionales, frecuentes en el país belga.

El puesto indiscutible de Marnix en el XVI es la avanzada del antiespañolismo y su obra toda encaminada como atrenzar una existencia de rabiosa oposición al Rey de España. Si Guillermo de Orange ha podido pasar por el antifelipe es una usurpación explicable por la superficialidad de conceder a los personajes históricos acciones en parangón con su rango jerárquico; el antifelipe es Marnix.

El medio familiar es el de esta nobleza que necesita el arrimo burocrático para sostener su categoría social. Juan Marnix, su abuelo paterno, había sido secretario general de la tesorería en la gobernación de Margarita de Austria; deja a su hijo Santiago, padre de Felipe, una baronía. La madre posee una señoría en la provincia de Hainaut, cuyo título lleva luego el primogénito: Señoría del Monte de Santa Aldegonda. La familia practica un catolicismo tibio, como la clase social a la que pertenecen. Escrúpulos de orden moral parecen haber sido los motivos de mandar los hijos a Ginebra. En el despertar de la doctrina, la educación de los adolescentes era de una severidad moral desconocida en la Lovaina de aquellos días. El joven Marnix vuelve a Bélgica con su latín, griego y hebreo y con nota de hábil teólogo. De todo ello hay traza en la obra que ha dejado y en sus múltiples intervenciones públicas: concordias, instancias, coloquios, tentativas, invariablemente en teólogo ginebrino. En el siglo XIX, en ciertos instantes en que las opiniones liberales burguesas han tenido más vigor, esto se ha considerado como la doctrina precursora del patriotismo depurado. Visto en el XVI, Marnix es patriota en tanto que la patria esté al servicio del fanatismo doctrinario.

18.—APARICIÓN EN LA CONTIENDA

Vuelto de Ginebra, deja correr unos años de versos juveniles y oscilaciones de vocación, residiendo en el campo. Estuvo próximo a hacer profesión de teólogo. Es el período de mando de Margarita de Parma y Perronet de Granvela. Los rebelados lo son por cuestiones de impuestos, cercenamiento de libertades políticas, contrafueros locales. La misma medida religiosa de aumentar el número de obispos, que el Rey estimaba un dique a la Reforma, se juzga en los Países-Bajos, como carga económica por los más, y en una parte del clero católico, lesión a sus intereses seculares.

Cuando el «Edicto» de introducción de la Inquisición, las primeras protestas proceden de los propietarios rurales, a las que pronto se junta la nobleza que veía en la función inquisitorial una mengua de sus privilegios de casta, a lo más la violación del contrato existente entre el pueblo y el Rey, ya que un «Edicto» no podía ser aplicado sin aprobarle los Estados. En las reuniones rurales los discursos de

Marnix son el grito extremoso de ruptura sin miramientos. El país estaba poco dispuesto a procedimientos de violencia, prefiriendo para protestar servirse de la vía cómoda y tortuosa de ilegalidad en la introducción.

Pocos meses después aparece en Breda, ciudad en los dominios del Príncipe de Orange, participando en la reunión de nobles que tuvo lugar en 1556. Strada, cuyo lenguaje intencionadamente comedido es notorio, nos dice fué una reunión de gentilhombres, sin cargo oficial, que redactaron un tratado que «dictó Marnix de Sainte-Aldegrande, el cual, infectado de la herejía de Calvino, quería infectar a los otros.» (1).

El documento redactado es el conocido «Compromiso de los nobles», en cuya elaboración, obra de Marnix, repetimos, no estuvieron presentes más que nueve de ellos y sin categoría. Se tradujo a varios idiomas para su mejor difusión y el Señor de Santa Aldegonde llevó a cabo una propaganda ardorosa recogiendo firmas por todo el país y recabando la unión belicosa «contra la doble tiranía de España y Roma». Hay una gran confusión en la protesta en todo el primer período parmesano de la revolución de Países-Bajos. Al encono peculiar de la lucha religiosa, todavía solo propicia a pasquines y pamfletos, se une más bonachón un cierto espíritu de kermesse, de diversión ruidosa, y mucho de esa arrogancia municipal de la que es índice arquitectónico el «beffroy». Es todavía pronto para emplear un término tan serio como el de revolución. La misma fortuna del apodo «gueux», indica lo que en el movimiento participaba el humor. Felipe y Juan Marnix, redactaron el memorial entregado a la gobernadora el 5 de abril de 1566, trenzado de quejas y exigencias. A Felipe se le atribuye el título curioso de «cuestor de los mendigos» con la doble función de predicador y recaudador. Las listas de recaudación alcanzan cifras altas entre esa burguesía de Amberes de que antes hablamos y el entusiasmo proselitista procede sobre todo de las clases intelectuales, no participantes de la burocracia oficial.

AURELIO VIÑAS.

(1) Strada, t. I, 249.

(Continuará).